El buen servicio del imperio y las exigencias de la moral, imponen el deber de purgar á nuestra sociedad de los bandidos que bajo un pretesto político, llenan de terror las poblaciones, entregándose á excesos que rechaza el buen juicio de la nacion.

Esta prefectura tiene todos los antecedentes que denuncian á Martinez como á ladron y asesino."

El gefe de las armas se presentó en el despacho.

—Cúmpla usted estrictamente, y bajo su mas estrecha responsabilidad, lo que se le previene en esa órden, y mañana me da usted cuenta.

—Está muy bien, mi general.

—Es necesario concluir, dijo O'Horan; y se retiró tranquilamente á su casa donde reinaba una grande hilaridad en la tertulia.

CAPITULO QUINTO.

EL PADRE Y LA HIJA.

I.

Don Alfonso Rodriguez amába á su hija con una ternura inmensa.

Ya hemos dicho que la madre de Clara habia muerto al darla á luz, y que el afligido padre concentrába todo su cariño en aquel fruto hermoso de un enlace desgraciado.

Don Alfonso se propuso desde el dia fatal en que perdió á su esposa, no contraer otro matrimonio y sacrificarse en aras del porvenir de su hija.

Clara habia crecido bajo aquella sombra protectora, y desde sus primeros años ejercia un dominio absoluto en el ánimo de su padre.

Clara no habia tenido jamas un novio, aunque una nube de pretendientes la tenia sitiada de continuo.

Clara resistia aquella guerra implacable que no habia rendido sus banderas.

Llegó la vez en que su corazon sintió el fuego abrasador de sus primeras impresiones.

III.

Desgraciadamente la jóven se habia fijado en uno de esos oficiales aventureros acostumbrados á jugar en una aventura el porvenir de una muger.

Clara amaba con pasion al comandante Demuriez y se sentia enloquecer solo al recuerdo de ese hombre.

Demuriez estaba en la campaña de Sonora, á una distancia inmensa de la capital.

No se habia olvidado de escribir continuamente á Clara.

La jóven por su parte aprovechaba el correo oficial de la plaza francesa y su correspondencia era segura.

II.

Despues de un silencio de dos meses en que Clara no tenia noticia alguna de su novio, se escuchó la conocida música del 99 de línea.

Efectivamente, el batallon mas antiguo de la expedicion francesa entraba por las calles de la capital.

Corria el rumor de que el ejército expedicionario se concentraba para retirarse definitivamente del país.

Clara atravesaba en su landó por las calles de San Francisco, cuando el regimiento desembocaba por la Plaza de Morelos.

El carruage se detuvo y Demuriez se encontró de improviso frente á su novia, que dió un grito de alegría al reconocerle.

En esos momentos la música tocaba el wals del Beso, que tanta sensacion produjo en el mundo filarmónico.

Pasó el carruage y Clara se dirigió inmediatamente á su casa, esperando noticias de su amante.

Demuriez envió una carta á la media hora.

Clara mia:

Despues de una ausencia de dos años, vuelvo á tu lado amándote con mas ardor y entusiasmo.

Esta noche pediré tu mano y entrarémos en el mundo de felicidad que nos espera. Adios.—*Demuriez.*

III.

La noche en que el guerrillero Pablo Martinez entraba en la capital, era precisamente en la que el padre de Clara recibia al comandante frances para hablar del matrimonio de su hija.

Demuriez estaba en la sala de recepcion, que se hallaba profusamente iluminada.

Clara habia cuidado de agregar algo mas á esa elegancia asiática de su casa habitacion.

—Caballero, decia el señor Rodriguez, yo necesito informarme con el mariscal Bazaine de la familia de usted y de si puede libremente contraer un enlace con mi hija.

—El mariscal, dijo el comandante, desgraciadamente no conoce á mi familia; pero podrá recoger los informes que usted desea.

—Espero que tendrá usted en regla sus papeles y obtendrá la licencia respectiva.

—Si ustedes me permiten, dijo Clara, emitiré francamente mi opinion: yo estoy resuelta á dar mi mano al señor Demuriez, pero de ninguna manera á un comandante del ejército frances.

Un rayo de alegría cruzó por el semblante de Demuriez.

—Mi padre, continuó Clara, es español, por nacionalidad es enemigo de los franceses, yo tambien los quiero mal, y me causaria rubor dar mi brazo á un hombre que llevara al cinto una espada tinta con la sangre de los mexicanos.

—Señorita, dijo Demuriez con esa galantería cómica de los franceses, desde este momento desciño el acero, que no volveré á empuñar sino en defensa de mi patria.

Diciendo esto se levantó y puso con arrogancia su espada sobre el próximo confidente.

—Gracias, dijo Clara dirigiéndole una sonrisa capaz de enloquecer á una estátua.

—Ya he tenido el honor de hacer presente á la señorita Clara, que lucho contra mis convicciones, que amo á los mexicanos, y que he evitado cuanto ha estado á mi alcance el derramamiento de sangre. Hoy se abre un paréntesis en mi vida, mis insignias quedan relegadas al fondo del hogar y pertenecen desde hoy al mundo de mis recuerdos.

—No, dijo con vehemencia Clara, hay honores que no pueden entregarse al olvido, porque revelan al mundo la dignidad de quien los ha sabido merecer: yo ruego á usted que conserve en su pecho esa cruz de la Legion de Honor.

El comandante se acercó y besó lleno de emocion la mano de Clara.

El español estaba asombrado, no conocia á su hija sino hasta aquel momento.

—Mañana dirijo un ocurso solicitando mi separacion completa del ejército; ante una alma como la de Clara nada son los sacrificios, nada la existencia.

—Gracias, caballero, dijo el señor Rodriguez. Tú, hija mia, déjanos solos, tengo que arreglar un negocio particular con el señor Demuriez.

—Señor, instó Demuriez, despues de esa aceptacion franca y esplícita con que acaba usted de favorecer mi peticion, creo que nada tenemos que hablar.

El español comprendió la delicadeza de esta respuesta, y besando á su hija, le indicó que se separase de la sala.

Clara saludó á Demuriez y salió del aposento.

IV.

—Ya escucho á usted, dijo el comandante disimulando su terrible ansiedad.

—Acabo de conceder á usted la mano de Clara, y con ella el único tesoro que poseo sobre la tierra.

—Lo comprendo, señor.

—Clara desde el momento de su enlace ya no me pertenece.

—Los lazos de la sangre no se quiebran jamas.

—Es verdad, pero ¿de qué me sirven si tengo que separarme de ella?

—Mi casa, señor, es del padre de mi esposa.

—Esperaba yo esas palabras para suplicarle que aceptase la mia, es decir, la de mi hija. Yo no tengo parientes, ni aquí, ni en España; estoy solo, enteramente solo en el mundo. Ya estoy en el último tercio de mi vida y verme abandonado es tristísimo.

—Repito, señor, que estoy muy lejos de causar á usted un disgusto estoy enteramente á sus órdenes.

—Bien, estaremos siempre juntos, yo tengo un capital inmenso.

Los ojos del frances brillaron como los del avaro de Moliere.

—Mi trabajo ha centuplicado la herencia que recibí de mis padres; el dote que he señalado á mi hija es de cuatrocientos mil pesos, que se hallan en depósito en el banco de Lóndres y México.

El comandante se restregó los ojos, creyó que estaba soñando.

—Mi hija tiene ademas, todo mi caudal, porque no tengo mas herederos que ella.

—Yo excuso toda conversacion sobre este punto, porque no quiero que se piense que el interes me ha traido á los pies de Clara.

—No le hago á usted tal agravio, caballero.

El comandante se levantó, y saludando al señor Rodriguez abandonó aquella casa que reputaba como la oficina del Tesoro Frances.

V.

Una carretela se detuvo á la puerta de la casa y de ella bajaron un hombre y una muger.

—Buenas noches, dijo Martinez, entrando en el aposento de Clara.

—Pablo! gritó lleno de asombro la jóven ¿tú aquí? ¿no sabes que tu existencia está en un peligro inminente?

—Bah! dijo el guerrillero, eso no importa nada.

—Dáme un abrazo!

—Con el corazon! gritó Pablo, y al estrechar á esa niña á quien habia conocido como confidente de Luz, novia de su coronel, se echó á llorar como un niño.

—Pablo, tu llanto es nuncio de una gran desgracia, ¿qué le ha sucedido á Eduardo?

—Nada! vive, sí, y él ignora cuán desgraciado soy!

—Tú desgraciado?

—Sí; pero usted no debe oir nada de lo que me pasa: ¿dónde está don Alfonso?

—Voy á llamarle.

—Bien, espero aquí.

Clara salió en busca de su padre.

Guadalupe se habia detenido en la antesala.

VI.

El señor Rodriguez entró en el aposento donde le esperaba Pablo Martinez.